

Sueños sepultados¹

Doce sueños sepultados es la historia que no se cuenta pero que jamás se olvida...

Yulisa Espinosa

Rec: 15/05/21
Acep: 25/05/21

“Los cuerpos de doce hombres jóvenes, quienes se encontraban desaparecidos desde el lunes último, fueron hallados asesinados flotando en aguas de un estero adyacente al aeropuerto de Buenaventura, en uno de los hechos criminales más brutales registrados en los últimos 30 años en esta zona del departamento”. (El País, 22 de abril de 2005, párr. 2)



Foto: DAYSO on Unplash

1 Esta necrobiografía hace parte del trabajo de grado presentado por la autora para obtener el título de Comunicadora Social - Periodista, en la Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium.

En el sector conocido como Dagua, un estero de tantos formados por el mar Pacífico en los alrededores de la ciudad de Buenaventura, doce jugadores de fútbol provenientes del barrio Punta del Este fueron asesinados el 19 de abril de 2005; los deportistas habían salido con la ilusión de jugar un partido de fútbol en el cual ganarían 200.000 pesos y donde habría licor y comida, pero esto nunca sucedió.

Los jóvenes de Punta del Este, quienes practicaban fútbol callejero, salieron el 19 de abril esperanzados por un partido que nunca sucedería; una pasión llamada fútbol y una tentación monetaria fueron el motivo de la muerte de los doce bonaverenses.

Como un hecho vergonzoso, que dejó atónita no solo a su comunidad sino al puerto y al país, fue catalogado este insuceso por el periódico El Caleño, que en el 2005 circulaba en Colombia, en una publicación posterior a los acontecimientos. “Una vergüenza para Buenaventura”, con este titular apareció la noticia de que habían encontrado doce cadáveres: “los invitaron a jugar fútbol y aparecieron amarrados de pies y manos, torturados y baleados. Todos ellos estaban atados de pies y manos, en sus cuerpos se observaban huellas de torturas y, además, cada uno de ellos tenía ‘el tiro de gracia’ en la cabeza” (El Caleño, 23 y 24 de abril de 2005).

Así mismo, el periódico publicó, en otra de sus ediciones: “las conjeturas han crecido en torno a este misterioso caso y las autoridades señalaron que aún ignoran si se trató de una acción de la mal llamada ‘limpieza social’ o si se trata de retaliaciones por parte de los grupos armados que operan en la costa del pacífico” (El Caleño, 23 y 24 de abril de 2005).

El 19 de abril una moto ingresa al barrio Punta del Este, ofreciendo dinero para un partido; los jóvenes aficionados por el fútbol salen con la esperanza de ganar un dinero extra, pero jamás volvieron.

Yo estaba en la entrada de santa cruz y veía que una moto salía de Punta del Este para Santa Cruz, con unos muchachos que iban a jugar fútbol, pero nunca me imaginé lo que estaba planeado, lo que estaba con ellos. Ya cuando al transcurrir de la tarde, tipo 4 o 5 que no aparecían ninguno de ellos, es que se formó la alerta de que estaban desaparecidos esos muchachos, que fueron a jugar un partido de fútbol al Dagua. (Humberto Segura, comunicación personal, 2018)

El barrio Punta del Este se encuentra ubicado en sentido continente-isla, un sector bonaverense de calles polvorientas y empedradas, de casas palafíticas de madera, cuya principal actividad económica es la pesca y la extracción de madera, en donde el trabajo que más desempeñan los hombres es el de “cargador de palo” o “cotero”, mientras que las mujeres se dedican a la realización de rifas y a trabajar en casas de familia. Un barrio que aparece pavimentado tres veces, pero donde las polvorosas piedras ruedan cuando los jóvenes juegan al balón en ellas.

Buenaventura, entre el año 2004 y el 2007 vivió una fuerte crisis de violencia, que sacudió los esteros y los barrios de bajamar, de esos años el 2005 fue el que presentó los más altos índices de criminalidad en el puerto. Según cifras publicadas por el periódico El País el 24 de abril de 2005, 90 personas fueron asesinadas ese año, 78 en el mismo lapso del año anterior, 30 en lo corrido de abril, 25 en febrero, 25 en marzo y 13 en enero, de las cuales 16

ocurrieron en zona rural, 15 en la comuna 3, 15 en la comuna 8, 12 en la comuna 12 y 7 en la comuna 3.

Estas cifras denotan las circunstancias en las que se estaba viviendo en el puerto más importante del país y cómo ese año de 2005 fue el de la mayor ola de asesinatos. Una cronología publicada por el diario El País da cuenta de la dura realidad que se vivía en el 2005 en el litoral Pacífico.

- Abril 19 del 2005. Un grupo de jóvenes del barrio Punta del Este desaparecieron.
- Abril 21. Los cadáveres de 12 jóvenes encontrados en un estero cercano al aeropuerto. 11 de las víctimas eran los desaparecidos.
- Abril 22. Un atentado con una granada que lanzaron contra una vivienda de un desmolido del barrio Viento Libre dejó como resultado un niño muerto y 13 personas heridas.
- Abril 23. Técnicos de la Sijin desactivaron una bomba, instalada en una pipa de gas, oculta en un carro de perros que fue abandonado en la zona de San Andresito.

La travesía que vivieron los familiares de estos jóvenes asesinados cruelmente fue de zozobra y pánico al enterarse de la masacre. Adela Valencia, una de las madres del barrio Punta del Este, cuenta todo el recorrido que tuvieron que vivir el día que se enteraron de la desaparición de los jugadores:

De los doce como tal, yo ese día recuerdo que vi inicialmente a Melba y a don Miguel, que en paz descanse, que bajaron de un taxi, al rato otra vez, y en la segunda un poco de gente ahí, y yo digo “¡ay! quién está enfermo en Punta del

Este”, digo yo, porque esa bajadera de carro, que subían y ya la gente ahí, entonces en eso yo llego hasta la esquina y hay una sobrina que nosotros que le decimos de cariño Blanquita, que es la hermana de Hugo Armando, le pregunto yo ¿Blanquita, qué pasó allá adentro, quien está enfermo?, entonces me dice ella, estos muchachos que quizás se han ido a un partido de fútbol y no llegan y con ellos anda “Iber”. Le digo ¿cómo así? y ahí es que empiezo a buscar y apenas me vine a dar de cuenta que Prici, mi hijo, también se había ido al partido, porque yo ni sabía porque él se había ido al partido; bueno, inicialmente nosotros no pensábamos que los fueran asesinado, ya como eso fue un día lunes y no llegaron, ya el día siguiente ya las esperanzas se le iban perdiendo a uno de que los íbamos a encontrar con vida, porque inicialmente yo pues decía, no ese poco de muchachos será que los habían reclutado, que andaban por allá y los reclutaron, ¿por qué? Sucede que los muchachos se los llevaron salieron de Santa Cruz y el carro que los llevó, el chofer, nosotros conocíamos al muchacho, porque él había manejado un carro de un familiar del barrio, entonces era conocido; cuando los muchachos pasaron por aquí, como por acá mantienen los “coteritos”, entonces los muchachos le gritaron a Cali a los que estaban aquí esperando, entonces nosotros sabíamos con quién ellos se habían ido. Ya que no aparecían, tratamos de localizarlo, y él nos dijo que no, que él los había llevado a un partido al Dagua a jugar y que él se había regresado, entonces nosotros guardamos la esperanza de que ellos aparecieran con vida. Ya cuando el día martes, fue como el 21, llegó acá alguien a decir que en Las Palmas habían unos muertos, entonces fuimos a Las Palmas, incluso hasta nos encontramos con un policía que dicen que aquí hay unos muertos, pero vayan ustedes a mirar, porque si nosotros vamos entrando así de pronto nos atacan a nosotros. Llegamos a

Las Palmas y allí no era y entonces yo me vine, yo fui una de las que me vine; cuando estaba aquí en el barrio dijeron que no, que era por allá por el Dagua, exactamente en El Triunfo que habían unos muertos; yo me vine para la casa, cuando al rato un vecino me dice, sí son estos muchachos, mire que están diciendo los nombres por la radio y que los iban a llevar al cementerio. (Adela Valencia, comunicación personal, 2018)

Todo un proceso fue el que se llevó a cabo en el traslado de los cuerpos encontrados en el estero Las Vegas, que circunda la zona del Dagua, hasta el cementerio del kilómetro cinco, barrio de Buenaventura más cercano al lugar de donde fueron sacados los jóvenes; el estado de la morgue del cementerio católico no fue el adecuado para este procedimiento, lo que acrecentó el estado anímico de familiares y de la comunidad. Esto dijo la mamá de Carlos Arbey Valencia, uno de los fallecidos del barrio Punta del Este:

Entonces cuando fui al cementerio, los muertos ya estaban allá, pero el cementerio tiene como una rejita al lado en la puerta, yo cuando los vi dije que ellos no eran, como estaban irreconocibles de un día para otro, yo decía “no esos no son”, y no me atrevía a entrar. A la primera que llamaron fue a Berta, la mamá de Luis Mario García. Cuando entró a reconocer el grito que pegó, y yo ¡uy, como que sí!, después cuando Angélica, la mamá de Hugo Armando Mondragón, apodado “Iber”, él cargaba una manillitas porque le gustaba como esas cosas de pepitas, dijo Angélica que sí, porque esas eran las manillas de Iber, y cuando me decidí a entrar, y entré e identifiqué a Prici, que era el hijo mío, él era uno de los que estaba menos descompuesto, la cara sí estaba descompuesta,

pero del cuello para abajo sí se le reconocía, la camisa la tenía igual y el mocho que él tenía también, de esa manera fue que nos dimos cuenta de la muerte de ellos. (Comunicación personal, 2018)

Los habitantes del barrio Punta del Este sufrieron en carne viva el terrible dolor por la desaparición, la tortura y la muerte de sus familiares, dolor que se acrecentó con el desamparo y el abandono a que fueron sometidos por parte de las autoridades:

Cuando llegué a la casa no había nadie, pues todos estaban buscando a mi hijo, porque yo andaba consiguiendo trabajo en una mina. Buscamos apoyo con las autoridades, nos negaron en una parte el apoyo porque teníamos que esperar las 24 horas, pero nosotros ni por eso, no nos quedamos tranquilas, todas caminamos, toda la noche, nos amanecemos caminando, hasta que fuimos al Gaula y allá nos brindaron apoyo. (Amparo Benítez, comunicación personal, 2018)

Toda una encrucijada y un tortuoso camino recorrieron los jóvenes antes de llegar a su fatal destino, que para ellos en ese momento era su mayor sueño.

En el barrio Santa Cruz se encontraban Guido Matamba, Wilmar Román, Issac Román, alias Miguel, y Javier Caicedo. Wilmar Román, conductor del colectivo de placas VMV 661, había sido contactado por alias Miguel unas horas antes, con el fin de llevar a los jóvenes al Dagua. (Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], 2016, p. 315)

En su recorrido tomaron la avenida Simón Bolívar, pasando frente al barrio Punta del Este

y frente a varios CAI de la ciudad y a la vista de algunos conocidos, emprendiendo el camino hacia un partido que nunca tendría lugar, pues al llegar al sector conocido como El Retén, cuatro hombres armados, entre ellos José Rentería Valencia, alias Morito, lo interceptaron y obligaron al conductor a desviarse hacia el estero San Antonio, específicamente el sector de Las Vegas. Allí, de una casa abandonada salieron otras personas armadas, quienes obligaron a los jóvenes a salir del vehículo, dispusieron que Wilmar e Issac Román abandonaran el lugar y procedieron a dominar e inmovilizar a los jóvenes, amarrándolos de pies y manos con los cordones de sus propios tenis. Posteriormente, le dieron muerte a cada uno de los jóvenes (Juizado 2 Penal del Circuito Especializado de Buga, 2007/07/31). Una vez fueron asesinados, los cuerpos de los once jóvenes que habían salido del barrio Punta del Este fueron arrojados al agua. (CNMH, 2016, p. 316)

Uno de los portales de noticias que más notificó el hecho fue el periódico El Caleño, en el cual en una de sus noticias publicó lo siguiente: “Se presume que los jóvenes fueron torturados y asesinados el mismo día en que los sacaron con engaños y ese mismo día arrojados al mar. Todos ellos vestían camisetas, pantalonetas y zapatos viejos en algunos, mientras otros estaban descalzos” (2005).

Los 12 jóvenes jugadores de fútbol callejero del barrio Punta del Este que terminaron asesinados en este hecho fueron:

- Rubén Darío Valencia Aramburo, 17 años.
- Rodolfo Valencia Benítez, 17 años.
- Pedro Luis Aramburo Canga, 19 años.
- Manuel Concepción Rentería Valencia, 16 años.

- Luis Mario García Valencia, 21 años.
- Hugo Armando Mondragón Valencia, 21 años.
- Carlos Arbey Valencia Valencia, 18 años.
- Javier Segura Belalcázar, 16 años.
- Manuel Jair Angulo Rodallega, 18 años.
- Leonel Salcedo García, 19 años.
- Alfonso Angulo Canga Mosquera, 20 años.
- Edison Bernandino Huella.

Los cadáveres estuvieron más de un día tirados en la morgue del Cementerio Católico porque no había cómo hacerles la necropsia, no contaban con las condiciones técnicas necesarias ni las higiénicas para procesar tantos cuerpos.

Los cuerpos de 12 muertos reposaban insepultos a la intemperie de esa necrópolis indecente, donde los funcionarios de la fiscalía y las funerarias realizaban un trabajo lento y pesado. Entre tanto, afuera, las familias lloraban y suplicaban por que les entregaran los cadáveres ya descompuestos para darles cristiana sepultura. (El País, 2005)

Cuando llegamos al cementerio, como a las dos horas llegaron con ellos que a reconocer los cuerpos y ahí fuimos viéndolos. Cuando mi hijo cumplió los 13 años le regalé una camisa azul y yo llegué y estaban irreconocibles, porque todos estaban con ácido y de ahí fue cuando yo vi a mi hijo, pegué un grito y caí, yo dije “este es mi hijo, esta es la camiseta que yo le regalé”, y me decían sí es y yo “sí porque esta fue la camisa que yo le regalé”. En el grupo de muertos también estaba un sobrino, mejor dicho allí cayeron muchos miembros de la familia, cayeron mi primo hermano, mi hijo y el hijo de mi hermano a quien le habían metido una varilla por el pene y lo tenía... (Amparo Benítez, comunicación personal, 2018)

Siguiendo con la investigación de todo el recorrido, desde el encuentro de los cuerpos hasta el traslado de los mismos, el periódico El Caleño informó que, “las diligencias de necropsia y de pleno reconocimiento sólo pudieron realizarse en la mañana de ayer, pues en la noche del jueves la morgue carecía de servicio de agua potable y energía”; así mismo, el periódico publicó unas fuertes fotografías en donde dejaba ver el estado de los jóvenes, con una descripción en la que decía: “Los cadáveres ya se hallaban en estado de descomposición y a algunos de ellos los peces les habían devorado los ojos y parte de sus carnes blandas, dando una impresión horrible” (El Caleño, 23 de abril de 2005).

Las noticias, los relatos, las entrevistas dejaban ver que el puerto y en especial la morgue no estaban preparados para una situación tan desgarradora como la de recibir tantos cuerpos a la vez,

técnicos del CTI de la fiscalía se quejaron de las condiciones desfavorables que se tienen en el lugar para practicar una necropsia. La oficina de Medicina Legal indicó que la sede central está en buenas condiciones pero que, debido a un acuerdo con la comunidad del sector, cuando se construyó la sede, se decidió que los cadáveres en descomposición fueran enviados a la morgue del cementerio. Así mismo, indicó que no es responsabilidad de Medicina Legal de su mantenimiento sino del Municipio. (El País, 2005)

Después de que los familiares hicieron el reconocimiento de los cuerpos de los jóvenes fallecidos, se dispusieron a alistar lo referente al velorio, el cual se realizaría en el barrio Punta del Este, el sector de donde fueron sacados los jugadores de fútbol callejero sacrificados.

En el proceso del entierro se demoraron dos días para entregarlos; después de reconocer los cuerpos, los entregaron al otro día por la noche, a ellos los velamos ahí en la cancha a todos, a los 12, fue un velorio bastante concurrido, incluso vino el alcalde que era de ese tiempo, si no estoy mal, el doctor Saulo Quiñones, que gobernaba para esa época, y también estuvo el gobernador Angelino Garzón. (Adela Valencia, comunicación personal, 2018)

Según el periódico El País (23 de abril de 2005), el alcalde de esa época, Saulo Quiñones, a quien se le vio triste y apesadumbrado por la tragedia, se acercó a los dolientes de esta masacre y donó a las familias, todas de condición humilde, el ataúd y todos los gastos funerarios. Las madres, por su parte, sentían morir de dolor: “Las madres no lo podíamos soportar, nosotras nos abrazábamos, unas a las otra, de ver lo que hicieron con los hijos de nosotras, que cuando ya nos lo entregaron en las cajas, uno no lo podía ver en la cara, porque los entregaron con cajas selladas” (Berta Valencia, comunicación personal, 2018).

Las familias no pudieron hacer un velorio habitual como se practica en la comuna 5 en Buenaventura; allí realizan un ritual donde los familiares envuelven de blanco a sus difuntos y les hacen cantos, esto debido a que gran parte de la población de la comunidad son provenientes del río Yurumanguí, de donde es originaria la tradición.

Once fueron los jóvenes que salieron del barrio Punta del Este en busca de un sueño, pero cuando encontraron los cuerpos en el estero había uno demás que no era del barrio, el cual fue reportado como N. N.; las madres de los jugadores acogieron el cuerpo de este desconocido e hicieron el velorio colectivo, por eso

la noticia fue divulgada como la masacre de los 12. “Nos da vergüenza ante el país y el mundo lo que ocurrió”, expresó el alcalde de Buenaventura Saulo Quiñones (El País, 2005).

Después de esta masacre atroz e imperdonable, la comunidad ha quedado con pánico, desconfianza y miedo por los posibles criminales del acto, piensan que de pronto quieren cobrar venganza e ir por los familiares que denunciaron este hecho ante las cámaras. “Yo no le deseo a ninguna madre que pase lo que verdaderamente nosotras pasamos, a mí me dio insomnio por tres meses, que yo el día y la noche eran la misma cosa, duro, duro, para mí fue duro” (Berta Valencia, comunicación personal, 2018).

Después del funeral, quedó un dolor muy profundo, un vacío en el alma, tristeza, dolor en el corazón, ese dolor de un hijo perdido para una madre nunca se le borra, mientras uno no se muere, no se le borra, porque siempre una madre está recordando a los hijos. A mí me han matado tres hijos y yo los recorro, de los pelos de la corona hasta la punta de las uñas, todo se me va en llorar, no sé, pero no los saco de la mente, ni un momento, puedo estar comiendo, puedo estar riendo, pero sí los tengo en la mente, por eso yo pasé bastante tiempo en control en el hospital, porque yo quedé con ese recuerdo del cuerpo torturado y con ácido de mi hijo Manuel Concepción. (Regina Valencia, comunicación personal, 2018)

Por esta desgarradora situación varias madres quedaron con un ‘pálpito incontrolable’, tan fuerte que se les dificultaba salir de sus casas a hacer sus respectivas labores, según cuentan las madres con las cuales se tuvo acercamiento; cualquier persona que no era del barrio ya era un sospechoso, de inmediato los hombres

habitantes proseguían a hacerle seguimientos e interrogarlos si no sabían para qué casa se dirigían.

Días después de la masacre, los ciudadanos, tras la ráfaga criminal que se vivía en el puerto, exigieron a las autoridades que se crearan organismos especiales para darle un alto a ese mar de sangre que rodeaba al litoral Pacífico: “Crear una comisión de alto nivel integrada por el CTI, la Fiscalía, la Policía, la Procuraduría y las ONG de derechos humanos para investigar la racha de crímenes en el puerto pide la comunidad” (El País, 2005).

Diferentes versiones hubo en los portales de noticias, referente a este caso y sobre cuáles fueron las causas de este amargo dolor, uno de ellos es el periódico El País, que publicó los avances de las investigaciones que se adelantaron:

Según los organismos de inteligencia, la masacre de jóvenes podría tener su origen en una venganza de las milicias de las Farc por la captura reciente de uno de sus jefes, conocido como “Pocalucha”. Algunas personas del barrio Punta del Este señalaron a las Farc como responsables de la masacre. Otras versiones apuntan a una llamada limpieza social. Versiones no confirmadas revelan que el total de víctimas podría llegar a 18, pues según versiones de algunos vecinos, escucharon que iban a recoger a otros seis muchachos del barrio Santa Cruz. (El País, 2005)

El mismo periódico publicó los avances que se tenían frente a la investigación y respecto a este las hipótesis que la fiscalía tenía del caso.

Una vendetta por un cargamento de droga habría sido el móvil del crimen. Sin embargo, se manejan varias hipótesis, entre ellas las

venganzas personales y un ajuste de cuentas. Las capturas se presentaron en los barrios Viento Libre, 12 de abril, el Laguito y San Francisco. Con la captura de cinco presuntos paramilitares, las autoridades develaron que la masacre de doce jóvenes porteños fue cometida por las AUC. Aunque los investigadores del grupo interinstitucional conformado para resolver el múltiple crimen no han establecido con certeza cuál fue el móvil de éste, los indicios más fuertes apuntan a que se debió a una vendetta por un cargamento de droga. Luego de ocho días de pesquisas y análisis de las evidencias recolectadas en la escena del crimen, hombres de la Policía, la Armada, el CTI y la Fiscalía realizaron una serie de allanamientos en los barrios R9, Viento Libre, 12 de Abril, el Laguito y San Francisco donde fueron capturados uno a uno los sindicados. En estos sitios fueron detenidos Ever Gonzáles Valencia, conocido como “Domingo”; Antonio Mancilla Cuero, alias “el soldado”; Guido Francos Matamba, apodado “Matamba”; Gober Carabalí Gómez, alias ‘Gober’, y José Ramón Rentería Valencia, “Morito”, señalado como el líder. Precisamente “Matamba” fue señalado por testigos como el hombre que convenció a las víctimas para que lo acompañaran a un partido de fútbol. Fue acompañado por otro hombre en una motocicleta para llevarlos hasta una buseta. (El País, 2005)

Al sábado 30 de abril ya habían encontrado nuevas versiones e hipótesis del por qué habrían salido los jóvenes de su barrio para irse a otro sector a jugar un partido de fútbol. El País siguió minuciosamente la información recolectada y publicó ese día lo siguiente:

Los investigadores establecieron que algunos de los jóvenes habían sido contactados días atrás en una discoteca con el aparente propósito de

contratarlos para robar gasolina del poliducto mediante la instalación de válvulas ilegales. Sin embargo, para no levantar sospechas dijeron a sus familiares que iban a jugar un partido de fútbol en una finca de Dagua. El comandante de la Policía Valle, coronel Uriel Toro, reveló que en los allanamientos se encontraron nueve celulares “por lo que se estima que la banda está compuesta por igual número de miembros; además se les incautó documentación que nos permitirá concretar la participación de más personas en este atroz hecho”. (El País, 30 de abril de 2005)

Y como si la muerte se ensañara con los bonaverenses que aún estaban en shock por la masacre de los 12 jóvenes y cuando aún no habían entregado los cuerpos de los difuntos, llegó a sus oídos una noticia de una nueva desgracia, en este caso la violencia arrasó vidas en el barrio Viento Libre, que fue sacudido por varios atentados, que acabaron con la vida de niños, niñas y jóvenes inocentes:

Esta vez la muerte cruzó el Puente del Piñal que une la zona continental con la insular. Esta vez su víctima fue un chiquillo que jugaba con sus amigos en la calle de las Piedras, en el barrio Viento Libre. Desde un taxi arrojaron una granada de fragmentación a su vivienda, dejando al niño de 5 años muerto y a otras trece personas, la mayoría menores de edad de una misma familia, heridas. Pese a las medidas que ha tomado la administración local y a los controles que realizan las autoridades policiales y militares, la racha criminal continúa. (El País, 2005)

No bastó con lo ocurrido en el barrio Punta del Este pues la ola de sangre continuó diseminándose por toda la población, arrasando con

sus ilusiones y esperanza, llevándose incluso los sueños de los niños, quienes no tenían nada que ver con la guerra, en ese entonces con las retaliaciones de bandas criminales que eran los motivos de asesinatos en el puerto.

Dos hombres que se movilizaban en un taxi arrojaron una granada a una humilde vivienda y mataron un niño. En el ataque, ocho personas integrantes de una misma familia resultaron heridas. Así mismo en el periódico el alcalde Saulo Quiñones explicó que: “Las personas que han sido detenidas en el marco de los allanamientos desplegados en toda la ciudad en busca de los responsables de la masacre de los doce jóvenes, así como del ataque con granada a una humilde vivienda que dejó una niña muerta y trece más heridos, y del fallido atentado con una bomba en la zona de San Andresito, están siendo investigadas con todas las garantías de la ley”. (El País, 2005)

Varios medios de comunicación publicaron en sus editoriales que al parecer el asesinato habría sido a causa de un ajuste de cuentas, otros, en cambio, en sus titulares señalaron que fue una disputa por territorio, tal vez microtráfico, colaboradores de las Farc o que en su momento eran desmovilizados de las AUC; todas estas aseveraciones acrecentaron el dolor de la comunidad pues con ellas solo vulneraban su buen nombre; según las madres de Punta del Este, ellas fueron irrespetadas y degradadas por los medios masivos de comunicación.

Frente a las innumerables versiones y señalamientos, es de gran importancia revisar la información publicada en diferentes medios para validar la veracidad de estas, ya que muchas pueden ser sesgadas, o en su defecto se cambia la versión. Para las madres y demás familiares, los jóvenes involucrados en este doloroso

hecho, como hijos, sobrinos, primos, hermanos y amigos vecinos del barrio, murieron sin causa alguna, pero los medios locales y nacionales publicaron varias versiones en las cuales dejaban ver que los jóvenes estaban articulados con grupos desmovilizados o que era un ajuste de cuentas, entre otras hipótesis no confirmadas.

Los jóvenes masacrados oscilaban entre los 15 y los 23 años; estaban en plena adolescencia y juventud y su partida dejó a la comunidad sin alegría y sin folclor, “todos los once eran de aquí y todo el barrio lo sintió, todos ellos nacieron aquí y criados todos junticos” (Lauriana García, comunicación personal, 2018).

Este asesinato colectivo no solo dejó dolor y un gran vacío para su familia y su comunidad, sino también una profunda reflexión para la sociedad, relacionada con las condiciones en que viven miles de colombianos, en las circunstancias en que tienen que sobrevivir en un país acostumbrado a olvidar, a dejar en la impunidad estos crímenes, como bien lo publicó el periódico El País: “El 80 por ciento de los crímenes que se cometen en el puerto de Buenaventura permanecen en la impunidad” (El País, 2005). Todo esto crea temor generalizado en los ciudadanos puesto que interrumpe la apropiación por el territorio y genera su pérdida de identidad cultural.

Los familiares de los jóvenes asesinados recuerdan que los trataron muy mal, estos no tuvieron un acompañamiento psicológico ni psicosocial en la entrega de los cadáveres, ya que tuvieron una exposición directa con los cuerpos, las condiciones en que se encontraban eran desgarradoras, hasta el punto de que estos no pudieron ser reconocidos físicamente sino por las prendas y accesorios que llevaban puestas.

Nosotros, cada uno de los familiares, fuimos a reconocer los cuerpos, hubo madres que no alcanzamos a llegar porque no nos permitían ingresar, porque estaban tirados allá mal-descompuestos, estaban muy feos, de allá los trasladaron al cementerio del Cinco y ya de ahí cada familiar fue a reconocer sus muertos; esto causó mucho dolor, mucha tristeza, nosotros no nos esperábamos eso, además en la forma en que los mataron, los fueron a tirar allá, eso fue una tortura para nosotros los familiares, hasta hoy día que es 29 de enero del 2019 tenemos en nuestra mente la imagen de los cuerpos torturados, todos nosotros recordamos a esos muchachos. Siempre que estamos en abril nos llega un recuerdo muy triste para toda la familia. (Yudiley Valencia, comunicación personal, 2018)

El engaño que atrapó a los jóvenes bonaventureses fue un partido de fútbol, una propuesta perfecta para los amantes del balón y el dinero, una oferta a la que sin duda no se negarían por las condiciones en las que vivían los porteños.

En mí quedó dolor, del mismo dolor uno siente angustia, por la forma en que los mataron, porque si les pegan sus dos tiros de gracia, uno dice “bueno ya, listo”; de estos muchachos abusaron, eso fue una masacre con sevicia, como le dije al alcalde ese día, eso fue algo como que ¡jum!, como si esos muchachos hubiesen sido unos delincuentes, pero de los bien malos pues, mire que yo no reconocí ni a mi hijo. (Bolivia Aramburo, comunicación personal, 2018)

El 19 de abril fue un día frío que marcó un antes y un después en los ciudadanos de este importante puerto, pues la fuerza de los familiares que soportaron la imagen viva de los cuerpos en descomposición, el reconocimiento

en la morgue, la falta de apoyo por parte de las autoridades, y demás fallas en este caso, dejó un atroz sentimiento de soledad, tristeza y abandono estatal. “El derecho a la vida es inviolable y fueron cruelmente asesinados, les sacaron los ojos, les echaron ácido en la cara para desfigurarlos, fue duro, eso conmovió no solo a Buenaventura y a toda Colombia, eso fue noticia mundial” (Humberto Segura, comunicación personal, 2018).

Los once jóvenes que habitaban en casas palafíticas fueron traicionados con una mentira inigualable, jugaron con sus sueños y acabaron con ellos atrozmente.

Yo digo que quizás si yo no hubiera sido tan pobre, mi hijo no estuviera muerto porque él cuando se lo llevaron, le dijo fue a Helena, a la mamá de crianza, y ella le dijo, “no, Piro, no vaya que usted está enfermo”, entonces él le dice así, “no, abuela, yo me voy y me siento a la sombrita porque yo no puedo jugar porque estoy enfermo, pero si estos muchachos ganan, ellos me dan y con lo que ellos me den, mi mamá me empieza a comprar el medicamento para mi enfermedad, porque no me la ha empezado a comprar porque no tiene”, entonces eso yo lo tengo presente, de que si yo no hubiera sido tan pobre él no se hubiera ido... (Regina Valencia, comunicación personal, 2018)

Los cuerpos de 12 jóvenes fueron encontrados amarrados y torturados en un estero de mar, esta fue la noticia que llegó a los oídos de los habitantes del barrio Punta del Este, quienes llevaban dos días en la búsqueda de varios familiares que habrían salido a jugar un partido de fútbol a Dagua y no regresaron, pero lo que nunca imaginaron es que eran sus parientes los futbolistas callejeros a quienes hallaron masacrados; nuevamente la violencia había

arrasado con las almas de personas inocentes en el puerto más importante del país.

Este hecho llenó de zozobra al puerto, pues este no ha sido el único asesinato con tortura que ha sucedido allí; lo alarmante de este acontecimiento fue la cantidad de personas muertas en el mismo momento y, aún más, la edad de los que cruelmente fallecieron; lo más triste en toda esta historia es que aún este caso está impune y en búsqueda del esclarecimiento de la verdad.

La ciudadanía no confía, pero tampoco olvida, pues son muchas las ocasiones que han intentado burlarse de ellos; la apatía, la avaricia, la desinformación y supuestos que no han sido verídicos por parte de los medios de comunicación, acrecientan su abandono y miseria como parias lanzados a su suerte.

La terrible guerra que ha sacudido a Colombia en los últimos 60 años ha profundizado la violencia sociopolítica en Buenaventura, causando el desplazamiento de miles de personas y quienes aún se mantienen en los territorios viven en medio del miedo y la zozobra.

Buenaventura y muchos territorios de Colombia conforman una sociedad acostumbrada a callar, no por elección sino por obligación, porque el temor de pronunciarse ante la justicia genera desasosiego y temor de sufrir amenazas, violencia y venganza en contra de seres queridos o tal vez porque su voz podría ser silenciada para siempre.

Este hecho y el dolor que causó y que aún flota en la comunidad, como si se confundiera con la brisa del mar, es algo que no debe repetirse en la historia bonaverense ni del país, pero lo cierto es que siguen sucediendo asesinatos a diario, cuerpos desmembrados, *casas de pique*, y cantidad de casos que han quedado en la impunidad y olvido. Lo ocurrido el 19 de abril de 2005 sigue vivo en la memoria de la gente de Punta del Este, es una historia que se niega a quedarse en el olvido pues las personas de esta comunidad, a pesar del abandono gubernamental y de una sociedad enferma por la presencia constante de la violencia, alzan su voz y hacen intervención cada año para exigir reparación y para impedir que el velo del tiempo nuble la barbarie que allí ocurrió.

Este es uno de los muchos casos que han sucedido en Colombia por la absurda guerra que ha cobrado la vida de miles de personas, las cuales aún no han sido reparadas; es también uno de los repertorios de victimización desencadenados por estas problemáticas sociopolíticas que han azotado al país, pues las personas que tienen que cargar con la muerte de sus familiares y demás, son los que quedan con secuelas psicológicas y físicas que perturban día a día sus vidas, en un panorama donde la falta de apoyo por parte de los gobiernos genera olvido, deserción, desterritorialización y hasta el exilio.